CAPÍTULO IX.

EOLO.

Las tempestades, los huracanes. — Tifon. — Echidna. — Las Arpías. — Fineo y las Arpías. — Embisten éstas á los compañeros de Eneas. — Fin de las Arpías. — Palacio de Eolo. — El odre de los vientos. — Juno y Eolo. — Eolo y las naves de Eneas. — Los vientos regulares. — Bóreas. — Rapto de Oritia. — Culto de Bóreas. — El caballo, símbolo de los vientos. — Los Tritopatores. — El Noto. — El Euro. — El Céfiro. — Otros vientos. — La Torre de Andrónico, en Atenas. — Eunosto. — Culto de los vientos en Roma.

Fueron los vientos, y en especial los huracanes, representados en un principio por séres divinos de monstruoso y gigantesco carácter; enemigos por lo comun de las divinidades del Olimpo, debieron seguramente su orígen, á la par que á las primitivas tradiciones de la rebelion angélica, á las impresiones de terror que hubieron de producir en los hombres los trastornos atmosféricos y las convulsiones de la tierra. A la cabeza de esos séres están los Titanes y Gigantes, cuyos combates contra los dioses quedan referidos; el carácter teogónico á ellos atribuido desde remotos tiempos ha sido causa de que incluyéramos su historia entre las tradiciones referentes al establecimiento de la olímpica realeza de Zeus, sin contar que para el poeta hesiódico expresaron seguramente más que fenómenos concretos, la idea general de las fuerzas violentas de la naturaleza ó del mal en pugna contra el autor del bien, dios del órden y la armonía cósmicas. Por lo mismo nos limitarémos á hablar en este lugar de los séres mitológicos que fueron personificaciones precisas de las borrascas y las tempestades, á los cuales la griega fantasía no atribuyó forma humana.

La violencia del huracan tenía su expresion en Tifon ó Tifoeus; al par de los Titanes, conforme llevamos indicado, se atrevió á disputar á Júpiter el olímpico imperio, y como ellos fué vencido y aniquilado. Segun una de las varias tradiciones relativas á su nacimiento Hera lo engendró sola en un instante de enojo contra su real esposo, y debe por lo mismo su orígen, dicen los mitólogos naturalistas, á la discordia de los celestes consortes, ó en otros términos á las perturbaciones de la atmósfera. Unido á Echidna (la víbora), ó sea la nube tormentosa, sigue diciendo Decharme, engendró á Hidra (la nube lluviosa), al perro Ortro y al can Cerbero, personificacion aquel de la pálida luz del crepúsculo, y éste de las tinieblas de la noche. Tifon, segun la *Teogonia*, fué un monstruo horrible, violento y deforme, y el poeta se hace él mismo intérprete de las espantosas imágenes que en su descripcion emplea diciendo que de Tifon nacen los vientos de húmedo aliento, los vientos de tempestad que contrapone á los vientos regulares. «Estos, de estirpe divina, dice, son útiles á los hombres; aquellos, hendiendo de pronto las ennegrecidas olas, desencadenan en ellas, para perdicion de los mortales, tremendas tempestades. Soplando á un tiempo de los puntos todos del horizonte, destrozan las naves y sepultan á sus tripulantes en los abismos del mar. ¡Infeliz de aquel á quien en su camino encuentran!» (Hesiodo). Hijos de Tifon son, pues, los torbellinos, las

mangas, á cuyo violento empuje no hay en el mar piloto que resista; no son en tierra menores sus estragos, y en tumultuoso tropel «destruyen los dulces frutos del trabajo de los hombres, y envuelven á éstos con fragor horrendo entre nubes de polvo.» Todos esos desastres tienen por autor á Tifon, monstruoso genio del viento huracanado.

A veces tiene ese personaje en las tradiciones mitológicas carácter algo distinto del que acabamos de indicar; su nombre envolvería seguramente para la griega imaginacion la idea de torbellinos de viento á la vez que la de torbellinos de humo, y de ahí que Tifon fuera lo mismo el monstruo cuyo húmedo aliento forma y empuja las tempestades, como el gigante cuyo abrasado aliento se exhala por la boca de los encendidos volcanes. En tal concepto es hijo de Gea y del Tártaro, y «el fuego centellea en sus ojos, debajo de sus pobladas cejas.» (Teogonía). Anonadado por el rayo de Júpiter, torrentes de llamas brotan de su cuerpo calcinado; «á su alrededor, al calor del incendio, se abrasa y derrite la tierra inmensa como se liquida el estaño en el crisol del fundidor, como se ablanda el hierro, el metal duro entre todos, al ser domado por mano de Hefestos en los encendidos hornos que posee en las entrañas de una comarca divina.» Imágenes son estas que inspiradas por la enérgica accion de las volcánicas hogueras, coinciden con las tradiciones antiquísimas referentes á ese monstruo. Segun la *Ilíada* está su cuerpo encadenado debajo de la tierra de los Arimios, de la cual dice Strabon que corresponde á la ardiente Cilicia y á la abrasada Frigia. Píndaro coloca la primitiva guarida del monstruo en el famoso antro de Cilicia, y tiempo despues, cuando el mito de Tifon, originario del Ásia Menor, fué llevado á la Magna Grecia y á Sicilia por las colonias helénicas, tuvo su mansion subterránea en la region volcánica que se extiende del Vesubio al Etna. «En el dia, dice Píndaro, pesan sobre su velludo pecho la costa que se extiende más allá de Cumas y ademas la Sicilia; en él se apoya una celeste coluna, el Etna de deslumbrante blancura, en la que se conserva la nieve helada todo el año. Vomita el monte terrible fuego cuyo brasero está en lo más profundo de su seno; durante el dia corren arroyos de fuego entre torbellinos de abrasado humo; cuando la noche extiende sus tinieblas, lucientes llamas arrojan á lo alto grandes peñas que al volver á caer se hunden en el mar con espantoso ruido. Quien aquellas llamas despide es el monstruo, es Tifon.» «La gran isla de Trinacria cubre los restos de un gigante y con su enorme peso aplasta á Tifon que se atrevió á aspirar á la celeste morada. En pugna con la mole que le oprime esfuérzase por levantarse; pero su mano derecha está sujeta por el Peloro, inmediato á Ausonia; la izquierda está colocada debajo de tus piés, ¡oh Pachino! Sobre sus piernas pesa el Lilibeo, y el Etna oprime su cabeza. Por la cumbre de ese monte lanza Tifon torbellinos de arena y expele por su terrible boca torrentes de fuego. A veces quiere levantar su inmensa carga y al sacudir las ciudades y montañas que sobre su cuerpo descansan, á sus esfuerzos conmuévese temblorosa la tierra.» (Ovidio). Hesiodo supone que Tifon, anonadado por el rayo, se abismó en las profundidades del Tártaro; algunos mitólogos dicen de él haber perecido á los flechazos de Apolo, y otros, en fin, guardando mayor analogía con la leyenda egipcia de la cual la del monstruo helénico no es probablemente más que variante, hácenlo sumergir en el lago Sirbónides.

El doble carácter de Tifon que designó indistintamente, en la atmósfera, el ímpetu de los vientos tempestuosos, y en las entrañas de la tierra, el ardiente vapor de los volcanes, se encuentra tambien en otros monstruos con él por lo comun asociados. Echidna, que la *Teogonía* le da por esposa, fué quizas en su orígen la negra nube de las tormentas, con frecuencia comparada á una serpiente en la mitología de los Aryas, y ordinaria compañera del huracan. Sus múltiples aspectos pueden tomarse por los varios que presentan las nubes al desencadenarse la tempestad. «En la parte superior de su cuerpo es Echidna una ninfa de grato mirar y de bello semblante; en todo lo demas es enorme y espantosa serpiente, cubierta de escamas de cambiantes colores.» (Hesiodo). Como Tifon, descendió Echidna de las regiones atmosféricas á los antros subterráneos; como él se convirtió en un monstruo terrestre que habita léjos de los dioses y de los mortales, en profunda caverna, debajo de la tierra de los Arimios, famosa por volcánicas erupciones. Así considerada es hija de Gea y del Tártaro, al paso que en su significacion primera había nacido de la union de Crisaor y de la ninfa oceánide Calirroe, esto es del relámpago (el héroe de la fulgurante espada) y de los vapores que se elevan del mar para condensarse en el cielo en borrascosas nubes.

De iguales ideas parece haber procedido la creacion de la Quimera, á la cual hemos visto vencida y muerta por el héroe solar Belerofonte. Originaria de Licia, fué ya conocida por los Griegos en los tiempos homéricos, y su mito es por muchos considerado como el de una divinidad del tempestuoso invierno. Segun hemos visto no há mucho, presentábase la Quimera á la imaginacion de los Griegos como un monstruo de fuerza incontrastable, y al paso que sus formas de feroces animales podían representar los efectos asoladores de los huracanes, las llamas que sus fauces vomitaban eran imágen de los rayos y relámpagos que surcan las nubes. Este mismo mito, al ser aplicado tiempo despues á las erupciones volcánicas, hubo de transformar la Quimera en un monstruo subterráneo que, á semejanza de Tifon y Echidna, moraba en las profundidades del suelo de Licia, al que con sus convulsiones conmovía y al que abrasaba con su encendido aliento.

Al grupo de Tifon pertenecen tambien las Arpías, de las cuales le consideraban padre algunas tradiciones. Eran las Arpías los vientos impetuosos que todo lo destrozan, sombrías y terribles vírgenes cuyos nombres están tomados del soplo del huracan *(Aello)*, de su fuerza incontrastable *(Ocípeta)*, y de los negros nubarrones *(Celeno)*, que su ímpetu arroja sobre el mar en horrendos torbellinos. Era de buitre su cuerpo revestido de durísimas plumas; de tigre las garras y de mujer el rostro abominable.

Otras Arpías subalternas seguían á esas tres principales. Dice Homero que una de ellas, por nombre *Podarge*, se unió á Céfiro naciendo de su union los corceles de Aquiles «que vuelan á la par del viento.» Para Hesiodo fueron las Arpías los fogosos genios de la tempestad en el mar; dales por hermana á Iris, y hácelas nacer de la union de Taumante y Electra, esto es, dicen los mitólogos naturalistas, de los maravillosos fenómenos del mar iluminado por los celestes fulgores. A causa de los mortíferos efectos de la tormenta túvoselas por divinidades de la muerte, y de los marinos de quienes cesaba toda nueva y no volvían en mucho tiempo al puerto, se decía que habían encontrado en su viaje á las Arpías y por ellas habían sido arrebatados. Por esto Telémaco, sin noticias de Ulises, cree que las Arpías habían arrancado ignominiosamente á su padre de este mundo. Segun una tradicion de la *Odisea*, las Arpías invisibles fueron las que robaron á las hijas de Pándaro y las entregaron á las Furias, y sin duda por esto confúndelas con ellas Virgilio y las coloca en las puertas del Orco en compañía de otras muchas monstruosas fieras como los Centauros, la Hidra de Lerna, las Gorgonas y la Quimera.

Con el tiempo la figura de las Arpías fué de cada cada vez más asquerosa y repugnante; monstruos alados veloces como el viento, llevaban pintadas en el rostro el hambre y la miseria, sin que nunca las presas que caían en sus aceradas garras bastasen á saciar su voracidad. Como buitres se dejaban caer con estruendoso aleteo sobre la morada del hombre, ya para devorar los manjares puestos en la mesa, ya para infectarlos destilando en ellos una sustancia de repugnante hedor: imágen sensible, segun los intérpretes naturalistas, de los desastrosos efectos del huracan que devasta las mieses, arranca los frutos, sustento de los hombres, ó los corrompe y altera anegándolos en torrentes de lluvia.

En este concepto desempeñaron las Arpías importante papel en un episodio de la leyenda de los Argonautas. Fineo, hijo de Agenor, tenía su morada en las playas de Bitinia; Apolo le había otorgado el don de vaticinar lo futuro, favor funesto, orígen de sus infortunios todos. Sin respeto para con el señor de los dioses, descubría audaz á los mortales sus más secretos designios, hasta que irritado Júpiter le condenó á sempiterna vejez; privó sus ojos de la grata claridad del dia, y quiso que jamas pudiese probar manjar alguno. En vano era que cuantos iban á consultar sus oráculos le ofreciesen de continuo nuevos alimentos; las Arpías, desprendiéndose con raudo vuelo de lo alto, se los arrancaban de las manos y hasta de la boca. A veces para prolongar su martirio, sosteniendo su miserable vida, le abandonaban insignificantes resíduos en los que esparcían tan infecto hedor que nadie habría podido, no sólo comerlos, sino acercarlos á los labios.

Pero á aquellas playas llegó la famosa expedicion de los Argonautas, y al saber que éstos habían saltado á tierra no dudó Fineo de que fuesen los extranjeros cuya llegada, segun decreto de Júpiter, había de poner término al más cruel de sus males. Sombra más que hombre, dejó el lecho, y apoyado en un baston, sin apartar de la pared una de sus manos, dió unos pocos pasos. Sus miembros, extenuados por el hambre y los años, temblaban y vacilaban, hasta que, sin poder arrastrarlos por más tiempo, tuvo que sentarse al llegar al umbral de la puerta.

Compadecidos de su desgracia colócanse los Argonautas detras del anciano, y al llegar las Arpías las ahuyentan con sus aceros; volvían ellas porfiadas á la carga, hasta que los hijos de Bóreas, provistos de alas cual su padre, se lanzaron en su persecucion por el espacio y las obligaron á huir á remotas regiones.

Como variante de esta leyenda decíase que Fineo, rey de Salmideso, en Tracia, tuvo por primera mujer á Cleóbula ó Cleopatra, habiendo pasado á segundas nupcias con Idea. Sobre Plexipo y Pandion, hijos del primer lecho, cayó el odio de la madrastra, quien les acusó de haber querido violarla. Crédulo Fineo en demasía, castigó á sus hijos arrancándoles los ojos, y Júpiter le impuso la pena del talion y á su vez le dejó ciego, enviando ademas contra él á las Arpías que no le permitían probar bocado hasta que los Boreades, ó hijos de Bóreas, le libraron de sus embestidas.

«Los Griegos denominan Strofadas, dijo Eneas al hacer relacion de sus desventuras, unas islas del vasto mar Jónico donde habitan la cruel Celeno y las otras Arpías desde que, cerrado para ellos el palacio de Fineo, el miedo las hizo abandonar sus abundosas mesas. Jamas salieron de las aguas estigias, suscitadas por la cólera de los dioses, monstruos más tristes, ni peste más repugnante; tienen cuerpo de ave con rostro de vírgen, expelen un fetidísimo excremento, sus manos son agudas garras, y tienen siempre el semblante descolorido de hambre...

»Apénas desembarcamos en el puerto vimos esparcidas por la campiña hermosas vacadas y rebaños de cabras sin pastor. Entrámoslos á cuchillo, ofreciendo á los dioses y á Júpiter parte de aquella presa; luego disponemos en la sinuosa playa los lechos y empezamos á comer aquellos ópimos manjares, cuando de pronto acuden desde los montes con horrible vuelo las Arpías, y batiendo las alas con gran ruido, arrebatan nuestras viandas y las corrompen todas con su inmundo contacto, esparciendo en torno, entre sus fieros graznidos, insoportable hedor. Segunda vez ponemos las mesas á gran distancia

de allí, en una honda gruta cerrada por corpulentos árboles que la cubren de densa sombra y restablecemos el fuego en los altares; mas segunda vez tambien desde diversos puntos del cielo sale la resonante turba de sus lóbregos escondrijos, revolotea, esgrimiendo sus garras, alrededor de nuestros manjares y los ensucia con sus bocas. Mando entónces á mis compañeros que empuñen las armas y cierren con aquella familia maldita; hácenlo como lo dispongo, ocultando las espadas y los broqueles entre la hierba, y apénas las Arpías acuden en ruidoso tropel desde las ensenadas de la costa, y Miseno desde un alto risco da la señal con su trompeta, las acometen los mios, y en nuevo linaje de lid acuchillan á aquellas sucias aves del mar; su plumaje invulnerable las preserva de toda herida, y tendiendo su vuelo por el firmamento en rápida fuga, abandonan la ya roida presa entre asquerosos rastros de su presencia. Sólo Celeno quedó posada en eminente peña, y desde allí, fatal agorera, rompió á hablar en estos términos:

»—Hijos de Laomedonte, despues de habernos movido guerra destruyendo nuestros ganados ¿todavía intentais expulsar á las inocentes Arpías del reino de sus padres? Oid, pues, lo que os voy á decir, y guardad bien en la memoria estas palabras. Yo, la mayor de las Furias, voy á revelaros las cosas que el padre omnipotente tiene vaticinadas á Febo, y éste me ha revelado á mí. Á Italia enderezais el rumbo y á Italia os llevarán los vientos invocados; lograréis arribar á sus puertos, pero no rodearéis con muros la ciudad que os conceden los Hados sin que ántes horrible hambre, castigo de la matanza que habeis intentado en nosotras, os haya obligado á morder y devorar vuestras propias mesas.—Dijo, y volando fué á refugiarse en la selva.» (VIRGILIO).

Lanzadas de aquellas islas se dispersaron, y cuenta Apolodoro que unas cayeron en el Tígris, en las costas del Peloponeso; otras, despues de llegar á las islas Echinadas, retrocedieron, y extenuadas de cansancio se hundieron en las profundidades del mar.

El carácter que les fuera atribuido por Homero conservóse, pues, con escasas variaciones hasta los últimos siglos de la religion griega. Si Celeno es colocada por Virgilio á la cabeza del repugnante bando, obteniendo así un puesto preferente que en un principio no tuvo, los nombres dados con posterioridad á sus compañeras (Nicotea, Ocipodea y Acholoe) son meras variaciones de los que llevaban las dos arpías hesiódicas, Aello y Ocípeta, y dando al parecer razon á los intérpretes naturalistas, continúan expresando la índole física de las negras vírgenes de los huracanes.

En cambio, para los autores que aplicaron á la MITOLOGÍA el sistema de Evhemero, fueron las Arpías unas naves de corsarios que devastaron las costas de los estados de Fineo, llevando á ellas con sus depredaciones el estrago y la escasez. Hubo quien vió en ellas á las concubinas de Fineo, al que redujeron á la mayor miseria; y por fin no han faltado escritores que las tomaron por las nubes de langosta que de cuando en cuando invaden los campos africanos devorando mieses y frutos, sembrando por do quiera la desolacion y el hambre para cubrir luego con sus cadáveres llanuras, hondonadas y á veces hasta las aguas del mar.

Á los vientos tempestuosos se contraponen los vientos regulares, cuya accion, aunque violenta, no puede considerarse para los hombres azote ni sorpresa; por esto no fueron concebidos como monstruos, sino más bien como séres de forma humana. Eolo, que era su soberano, y los sujetaba ó soltaba á voluntad de Neptuno ó del Padre de los dioses, tenía su reino en el archipiélago de las islas Vulcanias, llamadas despues Eolidas, y su morada en la de Lípara. Su palacio resonaba constantemente con estruendosa alegría y variadas armonías, y en él, en profunda cueva, mantenía encadenados los vientos para prevenir, á lo que se decía, la repeticion de catástrofes semejantes á las que aquellos produjeron cuando separaron á Sicilia de la tierra firme y formaron el estrecho de Gibraltar.

«Con felicidad, refiere Ulises, llegamos á la isla de Eolia, muy accesible y conocida, en la que reina el hijo de Hipotas, Eolo, amigo de los inmortales. Indestructible muro de bronce ceñido por lisas y escarpadas peñas, rodea la isla toda. Doce hijos del rey son el ornamento de su alcázar, seis varones y seis hembras, todos en la primavera de la vida; unidos entre sí con los lazos del himeneo, transcurren sus dias, junto á unos padres dignos de su respeto y amor, en no interrumpidos festines, embellecidos con cuanto dan de sí la variedad y la abundancia. Durante el dia el fragante palacio resuena con la concertada armonía de las flautas; por la noche reposan los felices esposos en mullidos lechos.

»Recibiónos el rey con amistad y un mes pasamos en su agradable morada, interrogándome varias veces acerca de Ilion, de la armada de los Griegos y de su regreso á la patria. De todo le dí cuenta exacta, y aproveché una ocasion para manifestarle la impaciencia que para partir sentía y rogarle que favoreciera mis votos. Á ellos se mostró propicio, y me entregó un odre, despojo de enorme y fuerte toro, en el que había encarcelado los vientos borrascosos; el hijo de Saturno habíale dado el imperio sobre los vientos, y á su voluntad enciende ó calma su furor. Con brillantes cadenas de plata ata el odre en lo más oculto de la nave, á fin de que ninguno de ellos se suelte y pueda agitar el aire ni con el soplo más suave; al que parte de occidente lo deja en libertad, y le ordena que, levantándose, guie nuestras naves á la tierra natal. ¡Orden inútil! la locura de mis compañeros debía de ser la perdicion de todos.

»Por espacio de nueve dias y otras tantas noches surcamos las olas, y á la décima aurora presentóse á mi vista el suelo de la patria, pudiendo sin esfuerzo descubrir los fuegos de la costa. Rendido de sueño y de

fatiga, pues mi mano no había en todo aquel tiempo soltado el gobernalle, dejéme sorprender por los atractivos del sueño, y entónces, miéntras yo dormitaba, difúndense entre mis compañeros sediciosos dichos, persuadidos como estaban de que me hallaría yo nadando en oro y plata, presentes del magnánimo Eolo.

»—¿No veis, decían unos á otros, los testimonios de amistad que ese hombre recibe á donde quiera que vamos? De Troya sacó hermosos y ópimos despojos, y por si esto no fuese aún bastante, Eolo le ha dado ahora una prueba de su generoso afecto. ¿En qué consistirá el misterioso presente? ¿Es posible que nosotros, sus fieles compañeros en viajes y riesgos, hayamos de volver á nuestra patria con las manos vacías? Sepamos cuánto oro y plata se encierra en ese odre precioso.

FIG. 447. — El odre de Eolo. (Piedra grabada).

»Esto dijeron, y poniendo por obra el funesto designio, abren el profundo odre: en el mismo instante precipítanse al espacio los vientos todos, y la tempestad, entre los gritos y lamentos de los mios, arrebata mis naves por el ancho mar léjos de mi patria. Al despertarme en medio de tanto infortunio, dudé de si había de buscar la muerte en las encrespadas olas ó de si, sereno ante el peligro, me tocaba prolongar mi vida. Esto último hice; con intrepidez sostuve el asalto, y tendido en la cubierta, envuelta la cabeza en el manto, aguardé en silencio que nuestro destino se cumpliera.

»Al impulso de la tormenta volvieron las naves á las costas de la isla de Eolo, y bajando todos á tierra, donde hallamos una límpida fuente, reanimamos, junto á nuestras ligeras naves, las cansadas fuerzas con frugal comida. En seguida, acompañado de un heraldo y de uno de mis capitanes, encaminéme apresurado al palacio de Eolo. Con su esposa y el afortunado grupo de sus hijos entregábase á los placeres de un festin, y deteniéndonos en el umbral de la sala, caimos postrados al suelo poseidos de vergüenza y respeto. Al vernos quedaron todos mudos de sorpresa.—Ulises, ¿por qué vuelves? me preguntan. ¿Cuál genio enemigo te persigue? ¿Acaso no te proporcionamos el necesario auxilio para regresar á tu reino y á cualquier punto á donde enderezaras tu camino?

»—Mis desleales compañeros, dije con acento de dolor, han causado mi perdicion aprovechando en mí un instante de funesto sueño. Pero vosotros, amigos mios, aliviaréis mi desgracia, pues sois para ello poderosos.

»En vano tiendo hacia ellos las manos suplicantes; sus labios no se despegan, hasta que por fin rompió el rey el silencio y dijo:—Huye de esta isla mia ¡oh tú, el más indigno entre los mortales! Á quien se ve cual tú perseguido por la cólera de los dioses, no me es lícito franquearle mi palacio; imposible me es protegerle en su camino. Huye, pues, ya que sobre tí pesa la execracion celeste.

»Y con estas palabras me expulsó de su palacio cuyas bóvedas resonaron con mis inútiles lamentos.» (HOMERO).

Poco había variado en los últimos siglos del paganismo la idea que se tenía del soberano de los vientos. Cuando en la *Eneida* bogan alegres los Troyanos por la alta mar, perdidas ya de vista las costas de Sicilia, cortando las salobres espumas con la acerada proa, Juno emplea contra ellos el poder de Eolo, y abre para el piadoso Eneas la dilatada série de sus desventuras. «¡Tan grandes iras, dice el poeta, caben en los celestes pechos!»

«Hubo una ciudad antigua, por nombre Cartago, poblada por colonos tirios, en frente y á gran distancia de Italia y de las bocas del Tíber, opulenta y esforzada en el arte de la guerra. Es fama que Juno la habitaba con preferencia á todas las demas ciudades, y áun á la misma Samos; allí tenía sus armas y su carro, y ya de antiguo revolvía en su mente el propósito y la esperanza de que llegase á ser señora de todas las gentes, si lo consintiesen los hados; pero había oido que del linaje de los Troyanos procedería una raza que, andando el tiempo, había de derribar las fortalezas tirias y que de ella nacería un pueblo dominador del mundo, soberbio en la guerra y destinado á exterminar la Libia; así lo tenían hilado las Parcas. Temerosa de esto, y recordando la hija de Saturno aquella antigua guerra que ella la primera suscitó á Troya por sus amados Griegos, tenía tambien presentes en su ánimo las causas de su enojo y sus crudos resentimientos. Vivos perseveraban en su alta mente el juicio de Páris y el desprecio hecho á su hermosura, y su odio al linaje troyano y las honras tributadas al arrebatado Ganimedes. Exasperada por estos recuerdos, apartaba á gran trecho del Lacio, haciéndoles juguetes de las olas, á los Troyanos, reliquias de los Griegos y del cruel Aquiles, y así, á impulso de los hados, andaban hacía muchos años errantes por todos los mares. ¡Tan ardua empresa era fundar el linaje romano!

»Viva en lo hondo del pecho la eterna herida, decía Juno hablando consigo misma:—¿Habré de desistir vencida de lo comenzado, y no podré apartar de Italia al rey de los Teucros? Los hados me lo vedan; mas ¿acaso no pudo Palas incendiar la armada de los Griegos y su-

mergirlos á todos en el Ponto por sólo la culpa y los furores de Ayax, hijo de Oileo? Ella, arrojando desde las nubes el rápido fuego de Júpiter, desbarató las naves y revolvió los mares con los vientos, y arrebatándole espirante en un torbellino, traspasado el pecho y arrojando llamas le estrelló en un agudo peñasco. ¡Y yo, reina de los dioses y hermana y esposa de Júpiter, sostengo guerra há tantos años contra una sola nacion! ¿Quién, despues de esto, adorará el númen de Juno, ó suplicante presentará ofrendas en sus altares?

»Revolviendo consigo misma la diosa tales pensamientos en su acalorada fantasía, partióse á la Eolia, patria de las tempestades, lugares henchidos de furiosos vendabales; allí el rey Eolo en su espaciosa cueva rige los revoltosos vientos y las sonoras tempestades, y los subyuga con cárcel y cadenas; ellos, indignados, braman conmoviendo el monte, alrededor de su prision. Sentado está Eolo en su excelso alcázar, y con el cetro en la mano amansa sus brios y templa sus iras, porque si tal no hiciese arrebatarían rápidos consigo mares y tierras y

Fig. 448. — Eolo y Juno.

el alto firmamento, y los empujarían por los espacios. De ello temeroso el Padre omnipotente los encerró en negras cavernas, les puso encima la mole de altos montes, y les dió un rey que, obediente á sus mandatos, supiese con recta mano tirarles y aflojarles las riendas. Dirigióse entónces á él la suplicante Juno y le dijo:

»—¡Oh Eolo, á quien el padre de los dioses y rey de los hombres concedió sosegar las olas y revolverlas con los vientos! Una raza enemiga mia navega por el mar Tirreno, llevando á Italia sus vencidos penates. Infunde vigor á los vientos y sumerge sus destrozadas naves, ó dispérsala y esparce sus cuerpos por el mar. Tengo catorce hermosísimas ninfas, de las cuales te daré en estable himeneo y te destinaré para esposa á la más gallarda de todas, Degopea, á fin de que en recompensa de tales favores more perpétuamente contigo y te haga padre de hermosa prole.

»Eolo respondió:—Á tí corresponde ¡oh reina! ver lo que deseas; á mí tan sólo obedecer tus mandatos. Por tí me fué dado este mi reino tal cual es; por tí el cetro y el favor de Jove; tú me otorgas sentarme á la mesa de los dioses y me haces árbitro de las lluvias y de las tempestades.

»Apénas ha pronunciado estas palabras empuja á un lado con la punta de su cetro un hueco monte, y los vientos, como en escuadron cerrado, se precipitan por la

puerta que les ofrece, y levantan con sus remolinos nubes de polvo. Cerraron en tropel con el mar, y lo revolvieron hasta sus más hondos abismos el euro, el noto y el ábrego, preñado de tempestades, arrastrando hacia la costa enormes oleadas. Síguese á esto el clamoreo de los hombres y el rechinar de las jarcias. De pronto las nubes roban el cielo y la luz á la vista de los Teucros; negra noche cubre el mar. Truenan los polos y resplandece el éter con frecuentes relámpagos; todo amenaza á los navegantes con muerte segura... La tempestad, rechinante con el vendaval, levanta las olas hasta el firmamento... escarpado monte de agua desplómase sobre el bajel. Unos quedan suspendidos en la cima de las olas que, abriéndose, les descubren el fondo del mar, cuyas arenas arden en furioso remolino. A tres naves impele el noto contra unos escollos que, ocultos debajo de las aguas, forman como una inmensa espalda en la superficie del mar, á que llaman *Aras* los Italianos; á otras tres arrastra el euro desde la alta mar á los estrechos y las sirtes del fondo ¡horrendo espectáculo! y las encalla entre bajíos y las rodea con un banco de arena... Vénse algunos pocos nadando por el inmenso piélago, armas de guerreros, tablones y preseas troyanas. Ceden ya las naves al temporal, y todas reciben al enemigo mar por las flojas junturas de sus costados, y se rajan por todas partes.» (Virgilio).

Varía mucho la fábula sobre la genealogía del soberano de los vientos, é indistintamente lo hace hijo de Júpiter, ó bien de Hipotas y Menalipia. En este último caso es como el tronco ó fundador de la raza eólica, atribuyéndose á sus hermanos Doro y Xutho, como él personajes míticos, haber dado orígen á la raza dórica y á las tribus helénicas que se conservaron bárbaras ó Escitas. Los mitólogos seguidores de Evhemero dicen que Eolo reinó en el siglo xv ántes de nuestra era; que conquistó algunas islas del mar Tirreno, que suponen serían las de Lípari, y finalmente que, dado al estudio de la astronomía, era muy entendido en pronósticos acerca de los vientos probables en aquellos mares.

Representábase constantemente á Eolo empuñando un cetro símbolo de su autoridad.

En sus doce hijos, que ciertas tradiciones reducen á diez, han visto algunos la personificacion de otros tantos vientos.

Aquellos que dejan sentir su impulso con regularidad, ó sea los súbditos de Eolo, no debieron su nacimiento, como los monstruos de las tormentas explicados, á potestades gigantescas y desordenadas, sino á divinidades sosegadas y tranquilas. Los cuatro principales, únicos que son mentados por Homero, Bóreas, Noto, Euro, y Céfiro, fueron, segun la *Teogonía*, hijos de Eos y Astreo, de la Aurora y del cielo estrellado.

Bóreas, como el más poderoso, ocupa el primer lugar y es su figura mitológica la más caracterizada. Bóreas es el viento que saliendo de las montañas del norte sopla con furia en la superficie del mar Egeo, hace mugir las selvas y arboledas, troncha pinos y robles y los precipita á las quebraduras de las montañas, miéntras hombres y fieras se estremecen á su glacial aliento. Píndaro le llamó rey de los vientos; su mansion era la Tracia y en especial los montes Rifeos, nombre que atestigua su violencia; en sus cavernas se amontonaban sus furores. A ellas llevó la vírgen Oritia despues de robarla miéntras se solazaba junto con su hermana en las riberas del Ilisos; allí regresaba siempre al concluir sus rápidos é impetuosos viajes. Los pormenores de este mito y el desenvolvimiento del culto de Bóreas fueron peculiares á las comarcas áticas, y al arte ateniense se debió la representacion del dios en figura de hombre robusto, de elevada estatura, en toda la fuerza de los años, con luenga barba y con la cabellera en desórden; de sus espaldas salen dos grandes alas, como símbolo de su velocidad; con una mano sujeta su hinchado manto y con la otra sostiene un caracol marino como indicando el estrépito de su violento paso. A veces iba coronado de destellos de luz para expresar que su aliento dispersa las nubes y devuelve á la atmósfera su serenidad; igual idea se indica por medio de la tradicion relativa á la victoria que de las Arpías alcanzaron los hijos de Bóreas, llamados Calais y Zetes.

Bóreas era el héroe de la leyenda que narraba el rapto de la vírgen Oritia. Erecteo, sucesor en el trono ateniense del triste Pandion cuya vida acabaron los horrendos infortunios de sus hijas Procné y Filomela, gozaba de gran fama tanto por su justicia como por la fuerza de sus armas; tenía cuatro hijas y otros tantos hijos, una de ellas fué la hermosa Procris, y otra la gentil Oritia. De esta se enamoró Bóreas sin que su pasion lograra correspondencia; la doncella negábase á unir su suerte á la suya por no seguirle á su reino, ya que para los Atenienses las regiones de Tracia, Escitia y Taurida y en general todas las del norte eran miradas como tierras frias é inhospitalarias donde era horrible la existencia. «El recuerdo de Tereo y de sus Tracios, dice el poeta, era insuperable obstáculo en que se estrellaba el cariño de Bóreas hasta que al fin, viendo la inutilidad de sus ruegos, abandonóse al terrible furor que le era propio.—¿Porqué, necio de mí, decía, habré abandonado la impetuosidad, la fuerza, la ira y las amenazas, recursos que me son peculiares? ¿Porqué habré apelado á las súplicas, si estas no han sido hechas para mí? La violencia es mi único patrimonio. Con ella borro las opacas nubes; con ella trastorno las olas, derribo las fornidas encinas, convierto en hielo la nieve y envío á la tierra el granizo. Si en las llanuras del aire que son de mi dominio encuentro á mis hermanos, empeño la lucha con esfuerzo tal que á nuestro choque retumba el trueno y brota el relámpago del seno de las nubes. Yo soy quien penetrando en las entrañas de la tierra y ensanchando con arrogancia el pecho en sus profundas cavernas espanto á las sombras y hago

temblar al universo. Este poder mio habría debido emplearlo para conquistar una esposa; á la fuerza, no á los ruegos, debí de apelar para llegar á ser yerno de Erecteo.

»Apénas Bóreas ha proferido estas palabras y otras no ménos soberbias, sacude con violencia las olas, y en el mismo instante pasa por la tierra impetuoso viento y se estremece el mar. Arrastra Bóreas por la cima de los montes su empolvado manto, y al tiempo que envuelto en nubes sembraba el terror en los campos del Ática, envolvía con ternura en sus sombrías alas á la asustada y temblorosa Oritia. Tómala en brazos, y emprendiendo

Fig. 449.—Rapto de Oritia por Bóreas.—(Grupo de Gaspar de Marsy).

raudo vuelo no paró hasta llegar al centro de su imperio que es la region de Tracia. Allí la jóven ateniense fué esposa del rey de los hielos y á poco madre, dando á luz dos gemelos á ella parecidos, pues de Bóreas sólo tenían las alas. De estas se dijo que no las tuvieron al nacer: hasta que asomó en sus mejillas el bozo Calais y Zetes fueron implumes; pero llegada la adolescencia cubriéronse sus flancos de plumas al igual que las aves. Cuando á aquella edad sucedió la mocedad florida marcharon á la conquista del vellocino de oro, y en compañía de los descendientes de Minyas atravesaron por primera vez un mar cuyas aguas jamas había surcado el remo.» (Ovidio).

Bóreas ó el Aquilon ha sido en todas épocas absoluto tirano del archipiélago griego, como el Austro ó el Noto lo es del Adriático; sus primeros golpes son irresistibles, y aún en el dia dicen los pilotos de Milo: «Dios nos libre del jóven que viene del Norte y del anciano que llega del Mediodía.» No es por lo mismo de admirar el fervoroso culto de que Bóreas era objeto en muchas comarcas de Grecia. En Atenas y en Megalópolis tenía altares en los que se le ofrecían sacrificios en épocas señaladas; en las márgenes del Ilisos, en el punto donde se suponía acaecido el rapto de Oritia, se le erigió un templo, y con el nombre de Boreasmes se le consagraban fiestas anuales. A su proteccion, al favor que de él merecieron atribuían los Griegos la dispersion de la gran armada de Jerges en las costas de la península de Magnesia. Megalópolis, sitiada por los Lacedemonios, debió al ímpetu de Bóreas la destruccion de las poderosas máquinas con que eran sus muros batidos. Los vientos que así hacen zozobrar las naves como las llevan sin esfuerzo al término de su viaje, eran para aquellos pueblos que no alzaban la vista al Criador y Ordenador supremo, temidas potestades de las que importaba alcanzar el favor y conjurar la cólera. Para ello los Troyanos inmolaban una oveja negra á los vientos tormentosos y una blanca á las auras saludables. Los marinos para hacércelos propicios, empleaban fórmulas de encantamiento cuya invencion se atribuía á la maga Medea ó al filósofo Empedocles, y ademas, en el momento mismo de darse á la vela, sacrificaban en sus altares asnos y caballos.

En efecto, era en Grecia el caballo símbolo natural de los vientos. Hijos de Céfiro fueron los corceles de Aquiles, y refería una tradicion que Bóreas, en forma de caballo, se había unido con las yeguas de Erictonio, naciendo de su fecunda union doce potrancas tan ligeras que, segun Homero, «volaban por cima de las mieses sin doblegar las tiernas espigas y cruzaban el mar sobre las hinchadas olas sin mojar con ellas las veloces plantas.» Poéticas imágenes dimanadas sin duda de la creencia en que la antigüedad estaba de que en primavera podían ser las yeguas fecundadas por el solo aliento del céfiro. «Cuando las yeguas son invadidas por el fuego del amor, sobre todo en primavera, súbense á las altas rocas, y allí se están vueltas del lado de donde sopla el céfiro, aspirando las sutiles auras, y muchas veces ¡oh maravilla! sin otro ayuntamiento alguno, las fecunda el viento solo. Entónces se dispersan desatentadas por los peñascales y las hondas cañadas, no hacia los sitios de donde vienes ¡oh Euro! ni hacia donde nace el sol, ni á la parte de donde soplan el Bóreas y el Cauro, ó el negro Austro que entristece el cielo con lluviosos frios. Entónces es cuando destilan el espeso veneno á que los pastores dan el nombre de *hipomanes*, el cual suelen recoger las malditas madrastras para mezclarle con hierbas y conjuros.» (Virgilio).

Ha de tenerse en cuenta ademas que en las ideas populares era la naturaleza del viento análoga á la del principio de vida: el alma era tenida por un soplo, y ese soplo, en los brutos lo mismo que en el hombre, había de ser de idéntica naturaleza al viento que ejercía su accion en la naturaleza inanimada. Quizas en estas creencias fundábase el culto ático de los Tritopatores, divinidades

Espasa y Comp.ª editores.

EGISTO Y CLITEMNESTRA.

Cuadro de Guerin Museo del Louvre.

cosmogónicas de los vientos, á las cuales atribuyeron los Órficos la creacion de los primeros hombres.

Fig. 450. — Céfiro. (Cuadro de Prudhon).

Noto, Euro y Céfiro eran personificaciones de los vientos del Sur, del Este y del Oeste. Al primero, padre de la lluvia, se lo representaba generalmente como un mancebo llevando una urna que va vaciando. Otras veces se le daba la figura de un anciano de aspecto triste, con la frente coronada de nubes y con los vestidos chorreando agua.

El Euro, llamado tambien Vulturno y Solano por los Latinos, es un anciano envuelto en holgado manto; algunas veces se le pintaba como un jóven que huye veloz, desgreñado y con el traje en desórden, en pos de la borrasca por él suscitada.

Céfiro es en la *Iliada* viento tempestuoso que habita con Bóreas en las agrestes cavernas de Tracia; pero ya en la *Odisea* tiene la significacion que más tarde le será generalmente atribuída, esto es de viento del oeste, del aura suave que embalsama con su grato aliento los Elíseos campos, morada de los justos; que hace crecer las plantas y sazonar los frutos en los maravillosos jardines del rey Alcinoo, que es en fin alegre mensajero de la primavera. Gentil amante de Cloris ó Flora (la nueva vegetacion), de su union nace Carpos (el fruto). El Céfiro, Favonio entre los Latinos, era el viento favorable á las naves que de Italia se dirigian á las costas de Grecia. Es representado por un gallardo jóven llevando en su manto frutos y flores, y tambien por un gracioso niño con alas de mariposa. En la vía sacra de Atenas á Eleusis, un altar le estaba consagrado.

Otros cuatro vientos estaban representados en la torre octógona perfectamente orientada que en Atenas

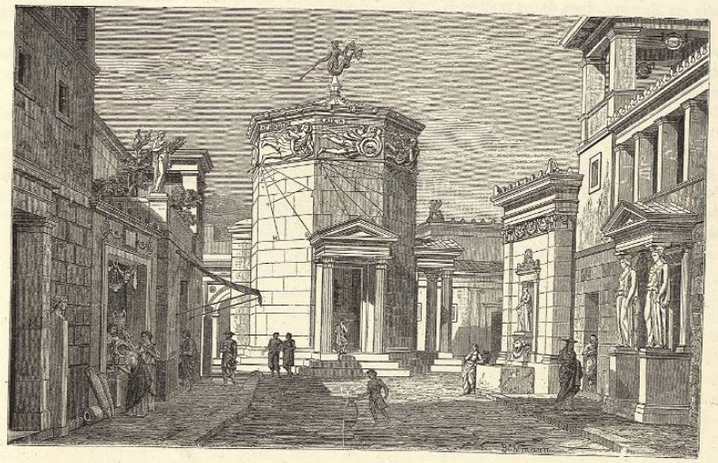

Fig. 451. — Torre de los Vientos, en Atenas.

había sido consagrada á los ocho principales; en cada una de sus caras tenía representada en bajo-relieve la personificacion de uno. Ademas de los dichos veíanse en ella los siguientes:

Cecias, viento del nordeste al que acompaña el granizo; un anciano con un disco que lo contiene.

Apeliotes, viento del sudeste; jóven imberbe, caracterizado por los frutos que lleva en su manto.

Lips ó Africo, viento del sudoeste, procedente de Libia, es un mancebo que lleva un palustre para indicar que es favorable á las naves que entran en el Pireo. Lips y Céfiro son los únicos á los que se pintan descalzos.

Finalmente el Argestes de los Griegos ó Caurus de los Latinos, llamado tambien Sciron por los poetas, viento del noroeste, era un viejo que sostenía un vaso ricamente labrado igual á aquellos en que era costumbre tener el agua caliente, sin duda como preservativo del frio que su aparicion causaba.

La torre ó templo de los Vientos, llamada de Andrónico, uno de los grandes monumentos de Atenas, gozó de gran fama en la antigüedad. En su cúpula veíase, sirviendo de veleta, la figura de un triton de bronce, cuyo cetro indicaba la direccion del viento reinante.

Las auras primaverales eran representadas en los monumentos del arte helénico por medio de esbeltas mujeres cuyos mantos forman como hinchadas velas sobre sus cabezas, ó que surcan los aires montadas en cisnes. A este grupo pertenecen *Thia*, á la que se había consagrado un altar en la entrada del barranco de Delfos, y Oritia, esposa de Bóreas.

Otra de las divinidades secundarias de las regiones del aire era Eunosto, diosa de los molinos de viento.

Al igual que en Grecia, en Italia, sobre todo en las comarcas occidentales, eran los vientos y las tempestades objeto de asiduo y solemne culto. Entre los demonios favorables era el más grato Favonio, cuyo nombre, como el de Fauno, se deriva de *faxere*, dar favor; él era quien en marzo traía las golondrinas y la primavera. Por el contrario, los vientos del Norte infundían temor por el frio intenso que de los montes arrastraban: llamábanlos *Septentrio* y *Aquilo* por ser su ímpetu cual el vuelo del águila. Los vientos del sur eran tenidos igualmente por peligrosos, ya que el Austro llevaba en otoño terribles borrascas, y el Africo, al chocar con los vientos contrarios, el Aquilon ó los vientos del oeste, era causa de grandes perturbaciones atmosféricas.

Tambien en Roma se inmolaban víctimas blancas á

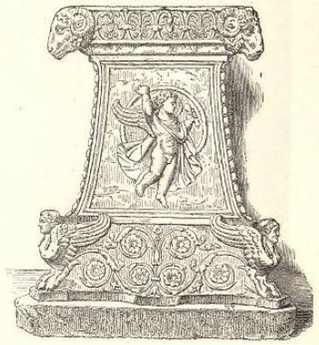

Fig. 452.—Altar griego.

los vientos bienhechores y negras á los maléficos, y creíase igualmente que las tempestades podian ser concitadas ó conjuradas por medio de sortilegios. Para librar á los viñedos del vendaval colocábase entre las cepas la imágen pintada de un racimo de uvas consagrado. En la costa gala, probablemente en las inmediaciones de Narbona, erigió Augusto un templo á *Circins*, muy saludable allí y gran purificador del aire.

Los generales romanos, ántes de entrar en batalla, solian invocar, entre otros dioses, á los Vientos y Tempestades, y tambien verter en honor suyo libaciones en el mar ó en los rios. Las borrascas tenían en Roma un santuario junto á la puerta Capena erigido por L. Cornelio Escipion 259 años ántes de nuestra era.

CAPÍTULO X.

VIAJE DE LOS ARGONAUTAS.

El vellocino de oro. — Pelias usurpador del trono de Iolcos. — Jason. — Sus compañeros. — La nave Argo. — Partida de los Argonautas — Las mujeres de Lemnos. — Los gigantes Doliones. — El rey de los Bebricios. — Vénceie Pólux. — El adivino Fineo. — Las peñas Cianeas. — Las Stimfálides. — Llegan los Argonautas á Cólchida. — Medea. — Se enamora de Jason. — Con su auxilio se apodera éste del dorado vellocino. — Diferentes itinerarios atribuidos á los Argonautas á su regreso. — Los Argonautas en Iberia. — Medea rejuvenece á Eson. — Medea y las hijas de Pelias. — Infidelidad de Jason. — Horrible venganza de Medea. — Medea en Aténas. — Muerte de Jason. — Interpretaciones que se dan á la leyenda de los Argonautas.

El viaje de los Argonautas fué una de las fábulas más famosas de la mitología griega, uno de los sucesos legendarios más importantes de la Grecia heróica. La ocasion mejor de referirlo parece ser la que se ofrece ahora, explicados como han sido los mitos referentes á las potestades del mar y del aire que presidian á los marítimos viajes.

Popular y objeto de poéticos cantos era ya en la época de la *Odisea* el atrevido viaje de la nave Argo; desde entónces no ha cesado de atraer la atencion de los mitógrafos, los que se han afanado en suplir y enmendar los diversos itinerarios que de la expedicion dejaron tradiciones diversas, así como en interpretar é investigar el fondo de verdad que pudo ser orígen y causa de la extendida leyenda que con variantes más ó ménos importantes nos ha sido trasmitida por Hesiodo, Píndaro, Apolonio y otros autores de la antigüedad, sin contar los numerosos recamos y complicaciones que el tiempo fué añadiendo al relato primitivo.

Frixos, hijo de Atamas, rey de los Minyos de Beocia del cual queda explicada la deplorable historia, inmoló al llegar á Cólchida en honra de Zeus ó de Poseidon el carnero que le salvara del odio de su madrastra Ino, y el dorado vellon fué suspendido de un árbol en la selva consagrada á Ares. Aceptó el dios el sacrificio, y en recompensa declaró que el príncipe que tuviese el vellocino en sus Estados vería florecer en ellos los dones todos de la abundancia, al tiempo que, como custodios de la piadosa ofrenda del mancebo, puso á dos toros bravos y colosales y á un dragon alado, siempre vigilante, que daba muerte á cuantos se proponían la conquista del preciado tesoro. No había, pues, en Grecia aventurero que no soñara en la difícil hazaña de hacerlo suyo, si bien á todos asustaba la gran distancia del misterioso pais que lo guardaba, jamas recorrida por navegante alguno.

En la region meridional de Tessalia y en la ciudad de Iolcos fundada por Creteo, hijo de Eolo cual Atamas, reinaba un vástago de aquel, por nombre Pelias, quien había con malas artes arrebatado el trono á su hermano ó cuñado Eson. Este, temeroso de que el usurpador atentara contra la vida de Jason su hijo, apartólo de su lado y lo confió á los cuidados del centauro Chiron, de quien recibió el niño igual educacion guerrera que el famoso Aquiles. En tanto Pelias á quien acosaban los remordimientos por su mala accion, consultó al oráculo acerca de la duracion de su prosperidad, y recibió por respuesta deber desconfiar de un hombre á quien viese